

Filou, te fuiste demasiado pronto

LYDIA VÁZQUEZ JIMÉNEZ

Université du Pays Basque / Espagne

No he vuelto a hablar contigo desde que te fuiste, ¿hace cuántos años? ¿Veinte? ¿Más? Es curioso cómo la memoria nos recuerda hechos banales y cómo nos borra fechas tan importantes como las de la muerte de nuestros seres más queridos. Tampoco podría datar la muerte de mis dos hermanos o la de mis padres. Y sin embargo me cuesta seguir viviendo después de la muerte de José Luis, mi hermano, mi todo, de Araceli, mi madre, mi todo, de la tuya, Filou, mi compañero, mi todo. Con José Luis, mi hermano mayor, mi guía en la vida hasta que se truncó la suya, violentamente, con Ernesto, el hermano mayor al que no conocí pero al que, según parece, sustituí, con José, ese padre autoritario y al que aprendí a querer y admirar postmortem, con Araceli, de quien quiero creerme su reencarnación, sobre todo desde que se ha ido, suelo hablar de vez en cuando. Están ahí, enterrados detrás de unas lápidas donde están escritos sus nombres. El nombre es una gran presencia cuando el cuerpo desaparece. Así que voy, les llevo flores, y les hablo, les cuento tonterías, intento hacerles sonreír (me imagino a los muertos sonriendo, pero no riéndose, no sé por qué) con mis aventuras triviales, pero que adorno adrede para hacerlas más interesantes, más graciosas. Intento imaginar qué puede interesar a los muertos, en general, me digo, lo contrario de lo que interesa a los vivos, les hablo de mis gatos, de mis fracasos con mis novios, a veces hasta les canto o les pongo la música que llevo en los cascos. Nunca les cuento mis líos en el trabajo ni otros problemas. Me parece de mal gusto. Tampoco quiero que piensen que voy a verlos

Pour citer ce texte

Vázquez Jiménez, L. (2021). Filou, te fuiste demasiado pronto. *Hybrida*, 3, 241–243. <https://doi.org/10.7203/HYBRIDA.3.22888>

por interés, para que me ayuden o intercedan por mí. Y esas visitas me alivian. Son un bálsamo para unas heridas, las que me dejó su ausencia, a las que en su día creí no poder sobrevivir.

Pero a ti, Filou, no tengo donde ir a verte, donde ir a hablarte. Y eso no ayuda. Tampoco ayuda saber que te fuiste demasiado pronto, y después de sufrir mucho. Ninguna muerte es buena, pero la del SIDA, aquellos años, fue atroz. Las muertes en serie en el inicio del COVID me recordaron a las del SIDA, tantas, tan injustas, con los enfermos tan solos.

Pero el SIDA fue peor. Planeaba sobre los afectados la sospecha. Caían por culpa suya, drogadictos, gays, ellos y ellas se lo habían buscado. Quizá por eso cuando te conocí, Filou, y me enamoré inmediatamente, en uno de esos flechazos que se cuentan con los dedos de una mano en toda una vida, no te atreviste a decirme lo que ya sospechabas y te faltaba por confirmar cuando te dieran los resultados de los análisis. Hicimos el amor, lo expreso así porque eso fue, nada parecido a practicar sexo. Cuando, dos semanas después, sonó el teléfono, yo llevaba dos semanas soñando con aquella llamada, eso quería decir que íbamos a vernos de nuevo. Pero tu voz grave no anunciaba nada bueno. ¿Habría otra persona en tu vida? ¿Para ti no había significado lo mismo que para mí? Recuerdo los latidos, en las sienes, en los oídos, rompiéndome el pecho. Pero no estaba preparada para escuchar lo que vino después. Eras seropositivo. Tendría que hacerme yo también las pruebas. Cuanto antes. Tampoco se me olvida el vuelco que me dio el corazón en aquel momento. En aquellos años, tener el SIDA significaba morir. De repente toda mi vida desfiló delante de mis ojos a toda velocidad, y al final pude ver la palabra FIN inscrita en el último fotograma.

Mi primera reacción, lo reconozco, no fue nada ejemplar. Te odié. Detesté a las personas que nos habían presentado unos días antes. No podía pensar que eso me ocurriera a mí. Tenía amigos seropositivos, pero yo, infeliz, me creía a salvo. Pasé unos días y unas noches terribles, sin dormir, pensando cómo decírselo a mis padres, llorando al creer que la vida se me escapaba. El resultado fue negativo. Respiré. Fue en un centro médico en el XX^e, en París, en la Place des Fêtes. Cada palabra de la larga conversación que tuve con los médicos se me ha quedado grabada para siempre. Podría repetir cada frase. Los médicos del COVID han sido maravillosos, los del SIDA también, y nunca les ha aplaudido nadie. Salí de allí con ganas de abrazarte, de volver a hacer el amor contigo, de quererte para siempre, y de luchar contigo contra esa enfermedad tan cruel, hasta el final y más allá.

Vinimos a vivir a España. En Bilbao, nuestros amigos y amigas estaban al corriente, lo llevaban con la misma naturalidad que nosotros. Ahora pienso en todas

esas precauciones que se volvieron cotidianas y que, a fuerza de repetir cada gesto, se hicieron tan fáciles, para nosotros como para nuestro entorno.

Fueron ocho años increíbles. La gente que no sabe que va a morir (qué tontos, todos estamos condenados a muerte), o que no piensa en ello, no sabe lo que se pierde. Cada día es un regalo, cada momento es una fiesta, cada sensación es un placer. Cada intercambio sexual es un viaje al séptimo cielo. La mente se abre, para imaginar mejor, el corazón se entenece, para querer mejor, los ojos se agrandan, para ver mejor, los brazos y las piernas se alargan, para abrazar mejor. Tu sexo, y el mío, se hicieron más suaves, tanto que lloro al recordar cuando acariciaba, cuando besaba el tuyo. Gracias por esos años, extraordinarios. Tan breves que odio esa enfermedad que te llevó tan pronto. Tan intensos que doy gracias a esa enfermedad que nos hizo así. Estoy tan orgullosa de nuestra historia, mi querido Filou, que no cambiaría nada, ni tu SIDA, nuestro SIDA, ni tu muerte, aunque yo también muriera contigo aquel día.

Y dos gracias a los amigos que me han permitido, por fin, hablar contigo desde estas líneas. Te siento mucho más cerca hoy. Siempre vivo en mí.